

LA CUEVA DEL PARPALLÓ (*)

por

LUIS PERICOT GARCIA

Catedrático de la Universidad de Barcelona

(*) Conferencia pronunciada en el Instituto de Paleontología Humana de la Universidad de Roma,
el 20 de diciembre de 1952

Es para mí un gran honor el hablar hoy en esta ciudad, que es la capital de todos los que nos sentimos hijos de la cultura latina. Pero me apenan dos cosas. La primera, mi escaso dominio de la bella lengua del Dante que me obliga a una lectura que se aviene mal con mi temperamento, deseoso de una comunicación más viva con el auditorio. La segunda, el hablar, en una urbe llena de gloriosos monumentos de la más depurada belleza clásica, de pobres piedras talladas y de plaquitas grabadas con arte inicial, vestigios toscos de una humanidad que en la época de la grandeza romana era ya tan vieja y olvidada como puede serlo ahora.

Pero mis trabajos me llevaron al descubrimiento de una estación prehistórica del más insospechado valor científico y no es inoportuno, a pesar de lo mucho que he hablado ya de ella, el que os relate los resultados de su excavación y la trascendencia para el conocimiento del Paleolítico superior del Occidente de Europa.

Después de los estudios de Breuil y Obermaier, el Paleolítico superior de España se tenía por bien conocido. Se suponía que la influencia francesa, con la clara sucesión de los tres períodos, Auriñaciense, Solutrense y Magdaleniense, se manifestó exclusivamente en la faja septentrional de la Península, Cataluña y la zona cantábrica, mientras el resto de aquélla era el dominio de la cultura capsense llegada de Africa del Norte. El arte rupestre levantino sería uno de los elementos de tal cultura. Un trabajo sobre el capsense publicado en 1929 por vuestro ilustre arqueólogo el profesor Mocchi, simboliza aquel estado de opinión. Mocchi da incluso un mapa de los yacimientos capsenses de España, perfectamente clasificados.

El mismo año 1929 iniciaba yo las excavaciones en la cueva del Parpalló. Esta cueva se encuentra cerca de Gandía en el macizo montañoso del Monduber, a una altura de 450 m. sobre el nivel del mar y a unos doce kilómetros en línea recta de la costa. Había sido descubierta hace setenta años por Vilanova y Piera, uno de los primeros prehistoriadores españoles. Vilanova encontró en ella algunos sílex, pero no le concedió demasiada importancia. En 1913, el abate Breuil, en uno de sus recorridos por España, la visitó y encontró no sólo sílex, clasificados como capsenses, sino también una plaquita grabada con lo que supuso una cabeza de lince.

Cuando en 1927 pasé de la Universidad de Santiago a la de Valencia, acababa de fundarse en esta última ciudad el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación Provincial. Este hecho, para mí providencial, me permitió en 1928 realizar una visita a la cueva, instigado por mi maestro el abate Breuil, constante animador de nuestros estudios y al que difícilmente existirá un prehistoriador europeo que no le deba alguna orientación o consejo. En 1928 nos dimos ya cuenta de que la cueva del Parpalló podía ser muy rica y que los sílex que aparecían no tenían aspecto capsense, sino más bien magdaleniense, y así lo publicamos con cierta timidez por el temor a la ortodoxia de nuestros maestros. Por fin, en mayo de 1929 pudimos emprender la excavación en grande, durante los meses de junio y julio. En los dos años sucesivos realizamos largas e intensas campañas hasta agotar el yacimiento. Al terminar la campaña de 1930 y cerrada la cueva, dejamos un *testigo*. Pero la fama que en seguida adquirió la cueva entre los numerosos aficionados de la región y una serie de consideraciones nos llevaron al convencimiento de que, en este caso, lo más científico era excavar con cuidado el *testigo* dejado, y así lo hicimos en 1931.

Luego siguieron largos años de estudio del material y de preparación de una monografía. La publicación de esta última fué demorada por nuestra guerra, hasta que, por fin, en 1942 y gracias al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pude verla realizada. Sin embargo, quedan todavía muchos miles de sílex por clasificar y muchas cosas por publicar debidamente.

La cueva se halla en el centro de una región muy densa en hallazgos. El monte en que se abre es de formación calcárea, como la mayor parte de las sierras del Levante español. En un peñón de

la ladera del Monduber se abre el alto y estrecho tajo que sirve de entrada a la cueva. Luego se ensancha en una cámara de dimensiones no excesivas, bajo una cúpula rocosa. Tras la cámara se inicia una corta galería bifurcada en otras dos que no sobrepasan los 10 m. de longitud. El recinto, en conjunto, es reducido, pero constituía un excelente abrigo, orientado hacia el Sudeste, a poca distancia del barranco, en donde todavía brota una fuente. Esto explica que tuviera tanto atractivo para los grupos humanos que vivieron aquí intensamente hasta el punto de dejarnos una cantidad enorme de vestigios.

Como mi deseo es dar una impresión viva del proceso de la excavación, describiré la cueva tal como fuimos descubriéndola desde su nivel superior.

Ya desde los niveles superficiales la cámara aparecía como un enorme amasijo de sílex, huesos y plaquitas de piedra caliza. La mayor densidad aparecía al fondo de la cámara, disminuyendo hacia la entrada. Junto a la pared oeste se encontraba un verdadero *kioekkenmoedding* con los huesos de los animales consumidos, conchas y piedras.

Dividida la superficie de la cueva en varias zonas y excavándose por capas de espesor de unos veinte centímetros, nos dimos cuenta desde las primeras capas, tanto de la extraordinaria riqueza del yacimiento, como de que su industria no se podía clasificar como capsense. Pronto, por la aparición de un arpón de tipo inicial y por la abundancia de piezas de asta características, nos dimos cuenta de que nos hallábamos en un Magdaleniense que se acercaba a su fase final. Aceptando el sistema que Breuil había creado para los yacimientos franceses, el nivel superior del Parpalló correspondía al Magdaleniense IV. Ya desde el primer día de trabajo hallamos una plaquita con una cierva grabada, augurio de mayores sorpresas.

Prescindiendo de las obras de arte, de las que hablaremos después, podemos caracterizar de la siguiente manera este primer nivel del Parpalló. Además de los arpones de tipo inicial tenemos entre las piezas de hueso y asta las azagayas biseladas en su base, las puntas de doble bisel, las varillas semicilíndricas, con rayado en los biseles y algún caso de decoración incisa en las piezas de asta. En cuanto a la industria de piedra, observamos en las capas superiores la presencia de algunos microlitos geométricos, hendidores de cuarcita, numerosas hojitas de sílex con dorso rebajado, raspadores

sobre hoja, buriles varios e incluso microburiles, además de perforadores, cuchillos y multitud de piezas diversas.

Este primer nivel comprende hasta 80 centímetros de profundidad en la parte de la cueva que tomamos como modelo. Hay que advertir que no se observó nivel estéril ninguno, por lo que la separación en etapas es puramente teórica.

Por debajo de los 80 centímetros el conjunto de la industria muestra sólo pequeñas variaciones, suficientes, sin embargo, para que establezcamos una clara separación cronológica. Estamos en el clásico Magdaleniense medio, el período III del sistema de Breuil. Aquí abarca desde los 80 centímetros hasta 2,50 metros de profundidad. Las piezas de hueso y asta son muy abundantes, con agujas de coser, azagayas biseladas, puntas de sección cuadrangular o triangular y con rayado longitudinal. En cuanto al sílex es apenas menos fino que en el nivel anterior. También se dan ahora los microlitos, en especial los triángulos escalenos, los raspadores y buriles, en su mayor parte de ángulo, los cuchillos, perforadores, raspadores nucleiformes, etc. Un estudio más detenido del material de sílex permitirá dividir esta larga etapa en varios períodos.

Por debajo de este Magdaleniense III hallamos un metro de depósitos (2,5 a 3,5 metros), que hemos calificado como Magdaleniense II, lo que se basa en que se encuentra por debajo del III y encima del I, pero que no coincide totalmente con el II del sistema de Breuil. Nuestro Magdaleniense II se caracteriza por la desaparición de varios tipos de piezas de hueso y asta. Ahora predominan las azagayas con bisel de tamaño pequeño y, a veces, muy macizas, y no es rara en las piezas de asta la decoración en fajas limitadas por líneas paralelas y con rayado interior. En cuanto al sílex su trabajo es mucho más tosco y escasean las piezas de buen aspecto, mientras abundan las piezas nucleiformes, los buriles de fortuna, sin microlitos y con escasos retoques.

Desde los 3,50 a los 4 metros próximamente, estamos frente al Magdaleniense I, que coincide, cosa curiosa, con el Magdaleniense I del sistema de Breuil. El elemento característico de este nivel son las azagayas con bisel aplanado del tipo de Le Placard. El bisel presenta un rayado que le da al conjunto de la pieza un aspecto folioide, diríamos en hoja de olivo. Una de estas azagayas ofrece grabada una tosca figura de un cáprido. El sílex es igualmente pobre como en el nivel anterior. Está claro que las gentes que sabían tra-

bajar maravillosamente el asta y el hueso, desdeñaban el trabajo de la piedra.

Cuando llegamos a esta profundidad y habíamos visto desenvolverse ante nosotros el panorama sucesivo de esas etapas del Magdaleniense, se nos abría la mayor curiosidad. La cueva no daba señales de agotarse; para hacer su excavación cómoda habíamos desmontado la entrada. ¿Qué contendría aún? ¿Qué cultura nos aparecería debajo del Magdaleniense? Así pasamos unos días llenos de emoción expectante, en una espera que no habría de defraudarnos.

Primeramente, apareció, durante medio metro aproximadamente, en unos depósitos que no podían distinguirse de los superiores, una industria en que era evidente que estaba desapareciendo el trabajo del hueso y del asta, mientras súbitamente el material de sílex se enriquecía con innumerables piezas bien retocadas, de bella factura. Las piezas de sílex son las características y han de servirnos para fechar el nivel. Entre ellas vemos, aparte los abundantes buriles, raspadores, hojas y otras formas corrientes, un tipo de punta sumamente peculiar, de dorso rebajado con una muesca retocada también, en el lado del filo; es el tipo que ya hace años Breuil calificó de punta de muesca levantina. Nos pareció, pues, que estábamos en una etapa aurifiaciense final, pues como tal se había dado aquel tipo de muesca por Breuil.

Y entonces fué cuando se produjo la mayor sorpresa de la excavación: la aparición de una punta de sílex de aletas y pedúnculo, de claro tipo neolítico. Estábamos a una profundidad de cuatro metros y medio. El disgusto que el hallazgo me produjo fué tan grande que, por mi exclamación al verla, el nombre de demonios les ha quedado a dichas piezas entre mis obreros. Y el segundo ejemplar que apareció iba a ser tirado por el obrero que se dió cuenta del mismo para no darme otro disgusto. Ya entonces tuve que reconocer la verdad. Estaba frente a un hecho nuevo, lleno de incalculables consecuencias. El Solutrense superior del Parpalló había conseguido crear el tipo de punta de flecha que suponíamos neolítico. Esta etapa poseía ya la punta aurifiaciense (gravetiense) de muesca. Su extensión era desde los 4,5 metros a los 5,25. Las piezas de hueso y asta del tipo biselado habían desaparecido y encontrábamos tan sólo los punzones de hueso aguzado o las leznas de hueso y algún rarísimo ejemplar de punta de asta, de

forma aplanada. En cuanto al sílex, ha vuelto la habilidad en su trabajo. Al lado de las puntas citadas se dan las foliformes corrientes en el Solutrense y gran variedad de raspadores, buriles y hojas retocadas. Incluso aparecen aquí los microburiles.

Más abajo aún, el Solutrense continuaba sin interrupción. Desde 5,25 a 6,25 m., se extiende un amplio nivel que calificamos de Solutrense normal. En él el utillaje de sílex continuaba semejante al nivel anterior, pero ya sin puntas de aletas y pedúnculo, ni puntas de dorso rebajado y muesca.

Desde 6,25 m. a 7,25 m., el yacimiento se empobrecía y se llenaba de rocas caídas. Pero aún contenía materiales suficientes para definirlo como un Solutrense inferior o protosolutrense en que algunas puntas preciosas tenían sólo retoque parcial en la superficie. En este nivel, a unos 6,50 m. de profundidad, un cráneo apareció

Por debajo de los 7,25 metros, el yacimiento, mucho más pobre ya, contiene todavía unas pocas puntas de La Gravette que permiten clasificar el nivel como auriniense (gravetiense) superior.

Y con esto terminaban los niveles de la cueva. Hasta cerca de nueve metros de profundidad no se encontraba en el centro de ella una capa estalagmítica que puede servir de base al yacimiento. Llegábamos así al final de una emocionante travesía por una parte considerable del Paleolítico superior.

A lo largo de toda ella, como si fuera poca la emoción de los cambios sucesivos de utillaje, nos iba acompañando el hallazgo de placas de caliza grabadas y pintadas, en las que también observábamos cambios de tamaño y de estilo. Así en los niveles profundos aparecieron verdaderas losas de casi medio metro, mientras, por lo general, las plaquitas miden sólo unos pocos centímetros.

Demos algunos números, que serán más elocuentes que mis palabras.

El número total de placas lavadas y revisadas pasa de 30.000. El de placas recogidas por tener algún vestigio de grabado o pintura alcanza el número de 4.938. Son 5.968 las caras con alguna huella. De ellas hay 874 con pintura solo, 556 con pintura y grabado y 4.538 con grabado únicamente. De ellas, 3.541 tienen sólo líneas indeterminables; 1.198, animales indeterminables, pero definidos; 263, animales que pueden determinarse; 280, motivos geométricos y 82, motivos raros.

Hay en el grabado una cierta evolución. Al principio los dibujos son muy toscos, después van mejorando y aparecen en grandes losas; hay luego dibujos con doble trazo, grabados de pequeño tamaño, trazos profundos casi en "champlevé" y figuras en movimiento; durante el Solutrense hay un primer momento en que aparecen grabados geométricos, de un geometrismo peculiar, entre ellos los rectángulos con lados prolongados. Luego, con el Magdaleniense, el arte del grabado continúa, pero con estilo un poco distinto, perfeccionándose hacia los pisos más altos del yacimiento cuando algunas figuras son de gran finura y realismo al mismo tiempo. En el Magdaleniense III vuelven los motivos geométricos, pero suelen ser tectiformes o franjas rectilíneas o curvilíneas.

En cuanto a la pintura, predomina el rojo y luego, en mucha menor escala, viene el negro y el amarillento u ocre. La mayoría de las placas pintadas muestra sólo manchas informes; unas pocas tienen animales, en algún caso con contorno grabado; se encuentra la pintura de silueta al mismo tiempo que la tinta plana y la pintura reseguada por el grabado. Hay unos pocos motivos geométricos, pero uno de ellos es de gran valor: un rectángulo, en la misma época en que los grabados nos daban idéntico motivo. El hecho más evidente y que hace meditar más, sin embargo, es que la pintura es exclusivamente premagdaleniense. Durante el Magdaleniense, no hay sino manchas informes, una cabra en silueta esquemática y un motivo de árbol o helecho. Creemos este dato del mayor interés para las comparaciones futuras.

La fauna representada en estas numerosas obras de arte, lo mismo que en los restos óseos que contiene en grandes masas el yacimiento, es completamente actual: ciervo, cabra, caballo, bóvidos, algún jabalí, lince y muchos conejos (nunca representados). Ni una sola especie típicamente cuaternaria. Los miles de moluscos no parecen ofrecer tampoco indicio de un ambiente climático demasiado alejado del actual.

Estos son los hechos. Digamos ahora algo de las consecuencias que para el Paleolítico superior español y aun de todo el Mediterráneo occidental, ha tenido la excavación del Parpalló.

En primer lugar, los hallazgos de esta cueva mostraron desde el primer momento que la supuesta cultura capsense no existía en el Paleolítico superior español. Las culturas clásicas europeas aparecían hasta comarcas meridionales. Pero en los últimos años los

estudios más detenidos del material y otras excavaciones vecinas nos han mostrado un cuadro más complejo, que podemos resumir así: el Perigordense o Gravetiense es la industria básica en la Península Ibérica. Sobre ella se establecen las bandas solutrenses y la oleada nórdica magdaleniense, pero cuando estas técnicas se alejan, lo que queda es el viejo fondo gravetiense, en la fase que hemos llamado Epigravetiense, hasta la llegada de elementos capsienes que tenían una raíz lejana común. Entonces se forma este Epigravetocapsiense que irá evolucionando hasta la llegada del Neolítico.

En cuanto a la oleada magdaleniense, su origen transpirenaico está claro. Su zona es la puramente nórdica: Cantabria y el Norte de Cataluña, y es curioso que durante el Magdaleniense inferior y medio descendiera hasta la región de Gandía. Más curioso aun es que se descubra aquí el magdaleniense que es propio de Le Placard en la Charente y que no se halla en la zona pirenaica intermedia. Hoy sabemos que la influencia magdaleniense se dejó sentir hasta Gibraltar mismo.

Los problemas más delicados los plantean las etapas solutrenses. Tenemos en el Parpalló las fases protosolutrenses, es decir, que vemos cómo se va formando el tipo de punta de retoque bifacial. Nos preguntamos, ¿de dónde procede nuestro solutrense? Si aceptamos su origen europeo, transpirenaico, habremos de concluir que por lo menos el tipo de punta con aletas y pedúnculo surgió en España, pues no lo encontramos fuera de ella. En España mismo, desde que lo hallamos en el Parpalló, se ha señalado en media docena más de estaciones desde la provincia de Almería hasta la de Gerona, por toda la zona levantina, e incluso en Madrid. De todos modos, hoy ha sido ya señalado este tipo en el Sur de Francia, en la Dordoña, y estoy seguro que habrá aparecido otras veces y se habrá dejado de lado por considerarla una pieza neolítica. Recordemos que Siret había descubierto ejemplares en sus yacimientos solutrenses y no se atrevió a publicarlos hasta que el Parpalló demostró que se trataba de un tipo paleolítico.

El problema se complica más si pensamos que por aquella misma época existía en el Norte de África una industria que se basaba en la técnica de lascas levalloisomusterienses y no en la de hojas, y que poseía la punta pedunculada, la industria ateriense. En los yacimientos aterienses marroquíes, Tánger, Rabat, Casablanca, además de la punta pedunculada tosca se dan puntas de aletas y pe-

dúnculo que se pueden poner al lado de las del Parpalló. ¿Qué pensar de todo ello? ¿Existe entre ambas industrias una relación, un contacto cualquiera? Y en caso afirmativo, ¿quién es el inventor y quién el receptor? La mayoría de autores franceses y norteafricanos no creen que exista relación alguna entre Ateriense y Solutrense español. A pesar de ello, nosotros creemos que alguna relación existe entre ambas culturas. No creemos verosímil en el estado actual de la Historia de la Cultura, aceptar que en la misma época, en dos comarcas vecinas, se haya inventado independientemente un mismo tipo de arma que nadie más inventó. Por otra parte, se había supuesto ya la presencia de ateriense y esbaikiense africanos en España y el carácter solutroide de algunas puntas esbaikienses en África también había encontrado defensores. Hace poco, nuestro admirado abate Breuil ha lanzado la hipótesis, para explicar la presencia de estos tipos nuevos en el Solutrense, de que este Solutrense español, como su contemporáneo el Ateriense norteafricano, se desarrollaron en un momento en que ya en el Sahara existía un Protoneolítico con puntas de flecha del tipo de las del Parpalló. La teoría sería ingeniosa y en todo caso prueba que, para el abate Breuil, las puntas del Parpalló son de origen africano, en lo que coincidimos. Pero no vemos manera de hacer a nuestro Solutrense contemporáneo de un Protoneolítico cuando tiene encima el Gravetiense final y cuatro metros de depósitos magdalenienses. Esto obligaría a hacer al Magdaleniense francés de comienzos de la Edad del Bronce y, por más tendencias bajistas en la cronología prehistórica que admitamos, llegar a este punto sería excesivo.

Respecto al Capsiense, y para resumir, diré que la presencia de grabados geométricos y de microlitos, incluso microburiles, en dos ocasiones: Solutrense superior y final y Magdaleniense medio, me hacen pensar que el Capsiense puede ser más antiguo de lo que la mayoría de autores suponen, aunque ya de un momento tan avanzado dentro del Paleolítico superior como es el Solutrense final. Del supuesto foco capsense africano procederían también los microburiles de la cueva Romanelli, que tiene otros puntos de contacto, en su arte, con las placas del Parpalló.

Nos queda un último punto tan complejo como los anteriores, el de las relaciones del arte del Parpalló y sus consecuencias para el problema de la valoración y cronología del arte cuaternario.

¿Se trataría de un taller, por tener losetas de caliza a propósito, o de un santuario? Las placas grabadas o pintadas estaban tiradas en el yacimiento, rotas muchas de ellas y habiendo servido, a veces, de piedras de hogar. En cuevas vecinas, con Solutrense, ya no hemos hallado muestras de arte.

Simultáneamente se encuentran grabados geométricos y naturalistas y diversos estilos de grabado a la vez.

El geometrismo se da en dos momentos como si fuera algo extraño, en el Solutrense avanzado y en el Magdalenense medio.

En los animales grabados, rara vez se expresa el movimiento. Se trata de un arte provincial si lo comparamos con los grabados de algunos yacimientos franceses.

La pintura es premagdalenense y ofrece paralelos en algunas de sus figuras con otras famosa de Pileta, Pasiéga y Font de Gaume. En especial, los rectángulos lisos o con los lados prolongados nos dan una cronología segura para algunas pinturas cantábricas y para la Pileta. Esta cronología indica el Solutrense. Hay que rehacer el esquema evolutivo del arte rupestre teniendo en cuenta este hecho, que la mayoría de pinturas son de época solutrense y que los magdalenenses sólo pintaron por excepción.

Respecto del discutido problema de la cronología del arte rupestre levantino, la cueva del Parpalló no aporta ningún dato decisivo. Prueba que durante el Paleolítico se pintaba en Levante, pero no se pintaban o grababan animales típicamente cuaternarios, como tampoco figuras humanas. Nosotros seguimos creyendo que el arte rupestre levantino se inició cuando en el Parpalló dejó de pintarse, esto es, en el Gravetiense final. Luego, este arte rupestre siguió por caminos propios y adoptó la figura humana.

Queda aun el problema de la relación entre el arte geométrico del Parpalló y el de otras comarcas europeas y africanas, en especial con ciertos motivos que aparecen en el Capsiense. Y queda, por último, la sospecha de que si el arte pictórico es solutrense y éste tiene un parentesco con culturas africanas, acaso tendrá ese arte rupestre español algo que ver con el arte rupestre africano, cada vez mejor conocido. Nosotros creemos que sí. Los recientes descubrimientos de Levanzo dan nuevo interés al problema. Pero no puedo hacer otra cosa que apuntarlo.

Después del Parpalló hemos explorado otras cuevas con rico yacimiento en la misma comarca: Cueva de la Cocina, con todas

las fases del Epipaleolítico; cueva de las Mallaetas, con Auriñaciense, Gravetiense, Solutrense con puntas de aletas y pedúnculo y Epigravetiense en lugar del Magdalenense; y ahora estamos excavando la cueva del Barranc Blanc (Rótova), donde ha aparecido un fragmento de cráneo de características claramente africanas. Tenemos, pues, por fin, la prueba de que las poblaciones africanas pasaron el Estrecho y llegaron a nuestras comarcas. Esperamos que en el futuro podremos precisar más estos puntos tan apasionantes y discutidos y llegaremos a ver claro en el Paleolítico superior del occidente de Europa, para lo cual vuestras propias excavaciones y estudios, en especial las del Barranc Blanc, en la rica cueva de Romanelli, han de ser de importancia esencial.

FIGURAS

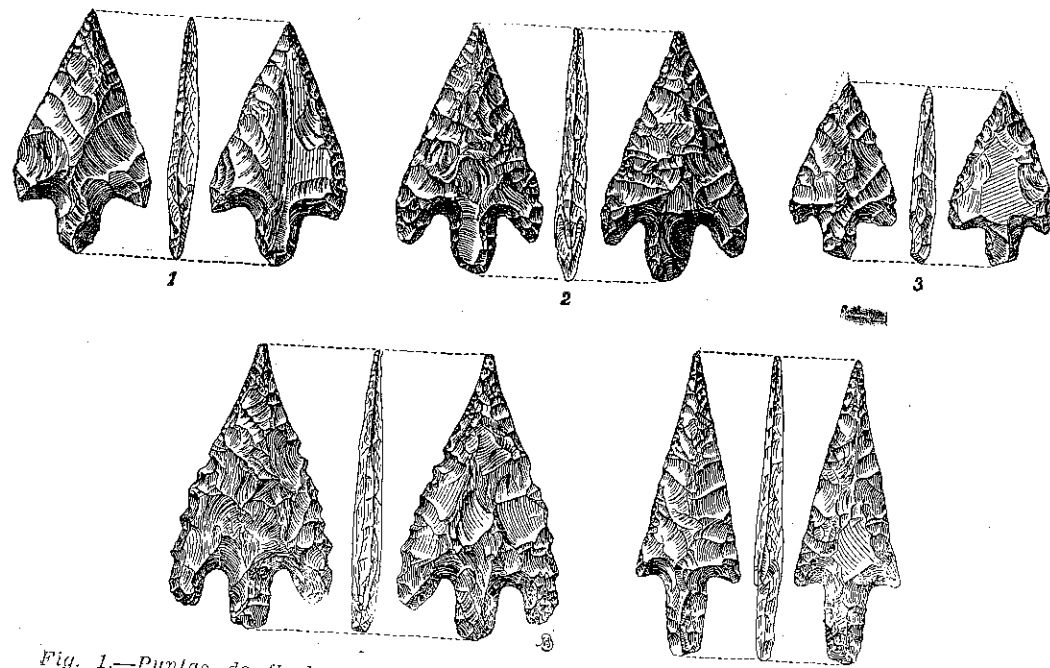


Fig. 1.—Puntas de flecha de sílex, del nivel solutiense superior de la Cueva del Arpaló. Tam. nat.

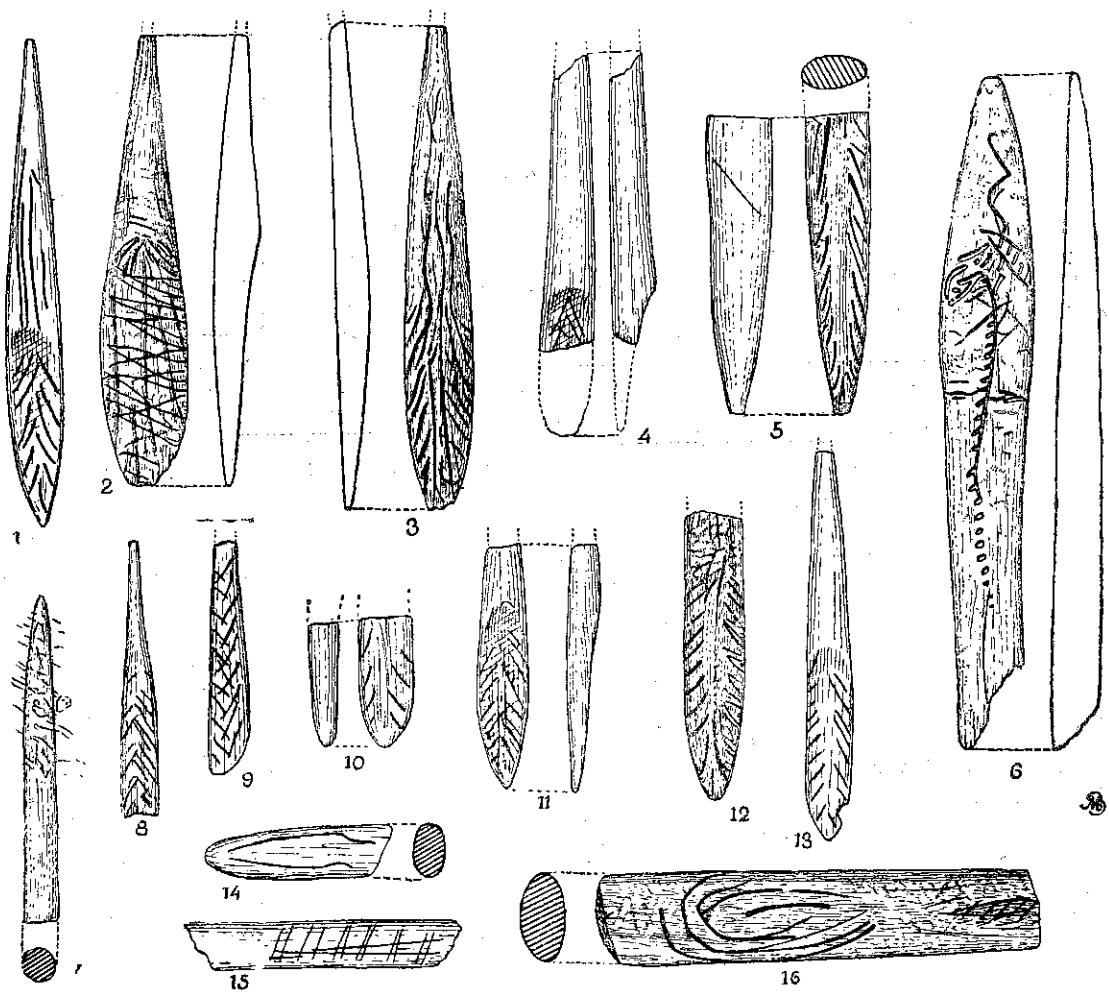


Fig. 2.—Piezas de hueso y asta del nivel magdalenense I de la Cueva del Parpalló.
Tam. nat.



Fig. 3.—Fotografía de una placa caliza con animales grabados. Nivel solutiense
medio. Red. a $\frac{1}{4}$.

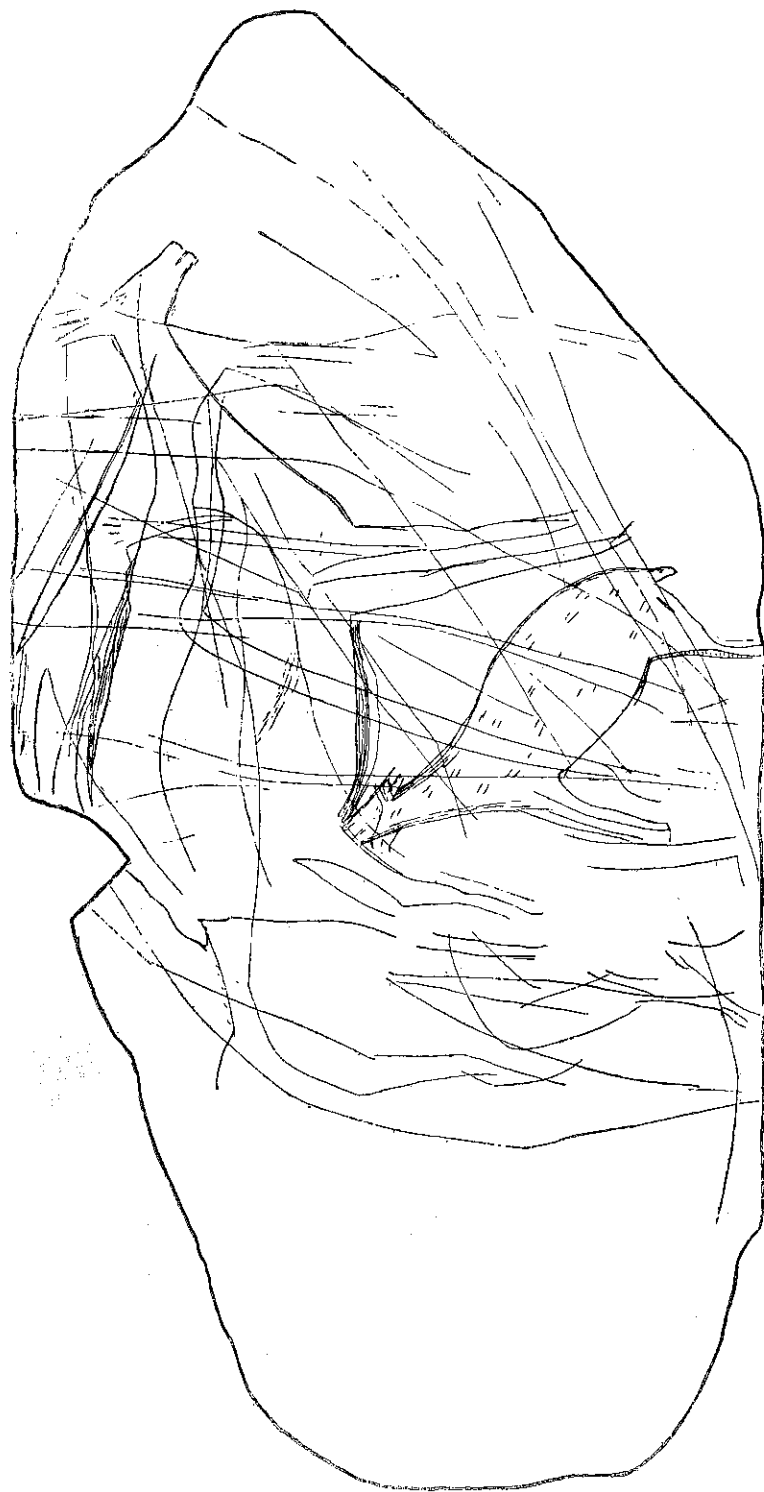


Fig. 4.—Dibujo de la placa anterior: cierva amamantando a su cervatillo. Red. a $\frac{1}{2}$.

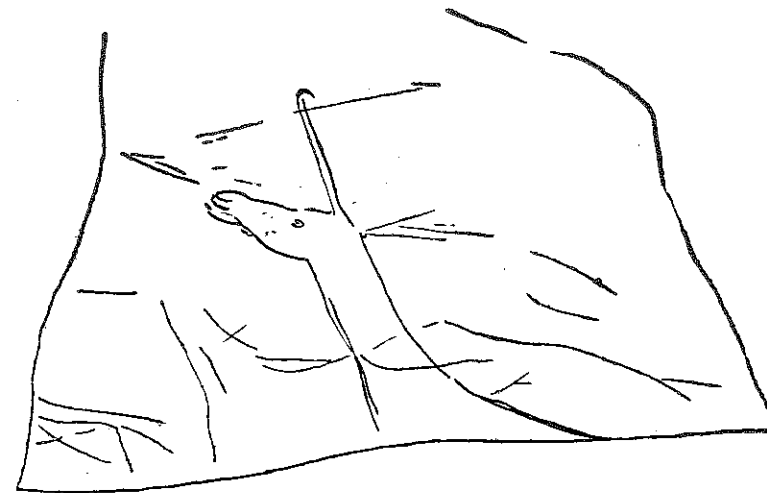


Fig. 8.—Gamuza grabada en una placa caliza de la Cueva del Parpalló. Nivel probablemente magdaleniense. Red. a $\frac{2}{3}$.

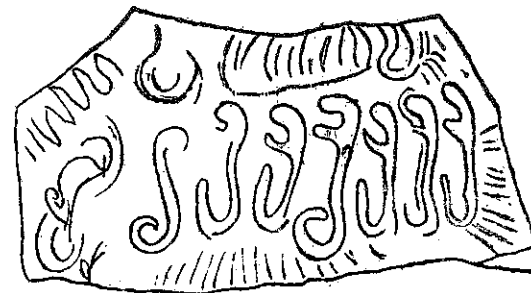


Fig. 9.—Signos varios grabados en una placa caliza de la Cueva del Parpalló. Nivel probablemente magdaleniense. Red. a $\frac{2}{3}$.

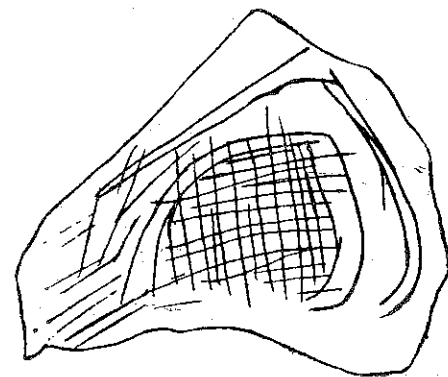


Fig. 10.—Neotivo tectiforme grabado en una placa caliza de la Cueva del Parpalló. Nivel magdaleniense III. Tam. nat.



Fig. 5.—Fotografía de una plaquita caliza con una cierva grabada, del nivel solutiense medio. Tam. nat.

MUSICOS ESPAÑOLES DURANTE EL SIGLO XVI EN LA CAPILLA PONTIFICIA DE ROMA

por

JOSE M. LLORENS

De la Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma

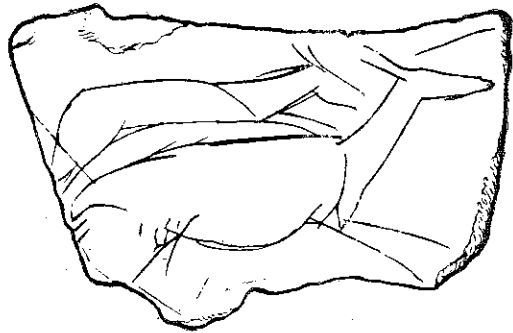


Fig. 6.—Dibujo de una plaquita caliza con grabado de dos ciervas corriendo. Nivel solúteo-gravetiense. Tam. nat.

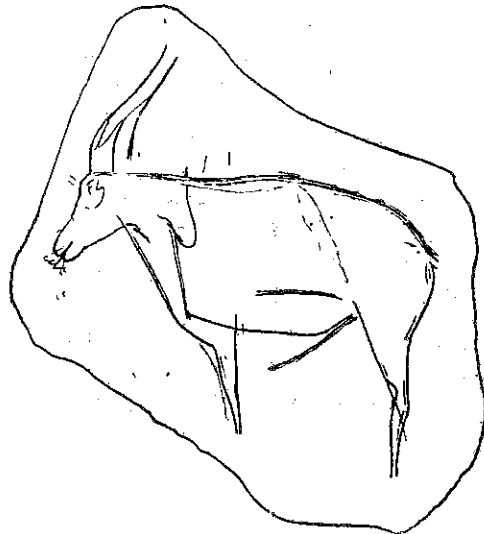


Fig. 7.—Grabado de un macho cabrío en una plaquita caliza de la Cueva del Parpalló. Nivel probablemente magdalenense. Red. a 2/3.